

EL RINCÓN DE VÍKTOR

EL SIETE DEL SPORT TEAM JEYMA

Viernes, 22 de Mayo de 2009



TRIGESIMOTERCER CAPÍTULO. EL CASO CIUDAD ENCANTADA.

El comisario Hipólito Nocedal sigue repasando, incansablemente, uno a uno, todos y cada uno de los documentos que sigue desparramando por la mesa de su despacho. El caso que tiene entre sus manos es uno de los más difíciles de todos los que ha tenido que investigar. Los ojillos que se asoman a través de las gafas pequeñas, redondas, con montura marrón, siguen escudriñando todas y cada una de las letras que conforman los informes, que tanto la guardia civil, como la policía, han podido realizar. Son informes de todo tipo. Pero son informes infructuosos. El caso está muy complicado. Una semana más, y no tendrá más remedio que dar el carpetazo al asunto y archivar el caso. Quizás, quién sabe, si para siempre.

La familia Romero Acosta, formada por el padre, José Luis; la madre, María Luisa; y sus hijos, Rubén, Alfonso y Elvira; llevan desaparecidos desde el 25 de marzo. Han transcurrido casi diez meses desde entonces. Y no se tiene ninguna pista, ni tan siquiera conjeturas ni indicios sobre su paradero. La última vez que los vieron, todos entraban en la Ciudad Encantada, en Cuenca. La visita normalmente no dura más de una hora. Sin embargo, los empleados del complejo turístico se percataron pronto de que esta familia había excedido en más de una hora el tiempo permitido por grupo. Hasta quince empleados recorrieron todos y cada uno de los caminos que conforman el complejo. Posteriormente, cuando ya caían los últimos rayos de sol, fueron los guardias civiles y un grupo de la policía nacional, quienes patearon todo el complejo. Al día siguiente, el grupo especial de la guardia civil rastreó, tanto con helicópteros, como con equipos de montañismo, palmo a palmo, la parte más importante, más visitada de todo el complejo. Una semana después, todo el complejo había sido completamente rastreado. Nada. No se había encontrado nada que hiciera siquiera sospechar qué era lo que había sucedido con la familia Romero Acosta.

Inmediatamente, una vez se dieron a conocer los infructuosos resultados de la búsqueda de los cuerpos especializados, un gran número de vecinos de las poblaciones cercanas, incluyendo algunos pastores que se conocen palmo a palmo toda la comarca, se unieron a la búsqueda. Imposible. Ni rastro. Simplemente, se han esfumado. La familia había entrado en la Ciudad Encantada, pero nunca salió. Si no salió, deben permanecer todavía ahí, o esa es la idea del comisario Hipólito Nocedal.

El comisario repasa ahora, nuevamente, con una actitud cansina pero perseverante, la cinta magnetofónica en que registró la sesión espiritista que estuvo abocado a autorizar. No es uno de los métodos de investigación en los que más crea. De hecho, para él, todos los videntes son unos cuentistas y charlatanes a quienes hay que perseguir, pues se aprovechan de la ingenuidad de la gente corriente. Sin embargo, Hipólito repasa una y otra vez la grabación. En ella, la vidente, una tal doña Eugenia, estaba convencida de que la familia Romero Acosta aún seguía allí. La vidente, incluso, aportaba algunos datos que eran muy difíciles de creer. Decía que el padre se había salido del sendero marcado por los controladores del complejo para tomar una foto. Acto seguido, la familia decidió adentrarse a través de una especie de sendero anexo a una piedra que tenía forma de barco. Después de ahí, algo los secuestró. Y ya no dijo nada más, solo que sentía todavía que estaban vivos, aunque no les quedaba mucho tiempo. Que había entrado, posiblemente en una pompa espacio-temporal de la que no sabían salir, pero que posiblemente estuviera controlada desde el exterior. Por supuesto, los investigadores no se tomaron en serio, ni mucho menos, todo cuanto salía por la boca de aquella vidente. Iniciaron un rastreo en la zona que había indicado la vidente, donde presumía que habían desaparecido. Pero no había huellas, ni rastro de presencia humana por aquella zona. La vidente, evidentemente, mentía.

Sin embargo, mientras el comisario Hipólito Nocedal termina de escuchar el último tramo de la grabación magnetofónica, uno de sus inspectores, Domingo Guzmán, irrumpe en el despacho del comisario con un hallazgo importante. Después de beber varios sorbos de café, y tras haberse tranquilizado, el inspector Guzmán le relata todo lo sucedido al comisario. “Los equipos de teledetección, concretamente, utilizando un magnetómetro, han registrado en la zona indicada por la vidente (unas semanas atrás), unos cambios completamente anormales en el campo magnético. La intensidad de la fuerza magnética, y la dirección de los polos cambiaban continuamente sin haberse podido establecer una medición continua y exacta. Aquí traigo los gráficos que hemos podido obtener. [Se los entrega al comisario] Como puede comprobar, los registros son tan anormales, que ni las máquinas han podido llegar a registrar una secuencia magnética completa. En el centro de policía científica de Madrid todavía no pueden explicárselo.”

El comisario Nocedal no sabe qué procedimiento es el que debe seguir a continuación. Los procedimientos habituales ya han sido completamente agotados. Lo cierto es que no quiere volver a recurrir a los métodos menos habituales, aquellos como la videncia y otros sistemas parecidos. Pero, y hasta ahora, ha sido la videncia el único método que ha dado resultado, al menos un resultado. El inspector Ochoa, del departamento de delincuencia, le ha dado una idea que no le parece del todo mal al inspector Nocedal. Se trata de la contratación de un equipo de parapsicólogos para trasladarlos a la zona y dejar que actúen. No es una investigación normal, pero resulta que el caso tampoco lo está siendo.

Aunque ha recibido multitud de reproches y críticas porque se ha sabido por toda la comisaría que el inspector Nocedal ha autorizado la investigación parapsicológica, el hecho es que los parapsicólogos están encontrando algunas pistas, o por lo menos, algo más que todo lo que la guardia civil, la policía y la población encontró con el inmenso dispositivo de búsqueda. Primero, se han detectado cambios súbitos de temperatura en fases de unos diez minutos, y a cada hora. En segundo lugar, los detectores de presencia han sonado continuamente, sobre todo, entre las tres y la cinco de la madrugada. En tercer lugar, se han detectado cambios de las condiciones de humedad, de forma que, a medida que amanecía, la zona parecía deshumidificarse, mientras que cuando anocheecía, subía el grado de humedad de forma inhabitual. Justo al cumplirse la primera

semana de investigación, el equipo de parafónicos registró tres incursiones distintas, y a diferentes niveles de intensidad en la grabación. La primera era inaudible debido a su intensidad, y aun habiendo sido sometida a barridos sonoros, sigue sin ser comprensible. La segunda parece ser una voz de mujer adulta que grita desesperadamente en busca de socorro. Y la tercera, apenas perceptible, se parece muy sorprendentemente a los gritos de los bebés. Los resultados no indican nada. Nada se sabe de cierto. Pero se demuestra que algo, no se sabe muy bien qué exactamente, pero algo existe en esa zona concreta de la Ciudad Encantada, justo en un sendero muy estrecho, a unos cien metros por detrás de la piedra en forma de buque.

El caso fue definitivamente archivado. Las investigaciones de los parasicólogos no pasaron del registro de tímidas psicofonías, algunas de ellas bastante escalofriantes, psicofonías que reflejaban la voz de varias personas, que solo el inconsciente puede identificar, quizá, con la familia desaparecida. Son voces de auxilio, de miedo, de desconocimiento sobre el lugar donde están. Pero todo cesó a la tercera semana de investigación. Los medios de comunicación comenzaron a enzarzarse con el comisario Nocedal, y al final, la jefatura superior de la policía decidió cerrar el caso. El carpetazo fue muy sonoro, a pesar del comisario Hipólito Nocedal, y de la propia familia, que aun espera resultados y respuestas.

Una tarde, después de que hubieran pasado algunos años, cuando ya Hipólito Nocedal hacía mucho tiempo que se había jubilado, el excomisario recibió una nota anónima en su buzón de correos. Una vez abrió el sobre, Hipólito no pudo más que sobresaltarse. En su interior solo había una fotografía, quizás una de las últimas, de la familia Romero Acosta. Por detrás, escrito con pluma estilográfica en tinta negra, sólo dos palabras: *Seguimos vivos*. No hay día que pase en que Hipólito no piense sobre el caso, sobre el asunto. Ha llegado a pensar, incluso, en ponerse a investigar por su propia cuenta. Ahora, Hipólito piensa que en la Ciudad Encantada, sin duda, sigue atrapada una familia que lleva varios años en paradero desconocido. Pero también sabe que nunca podrá encontrarla.

Esta historia se basa en unos hechos reales ocurridos precisamente en la Ciudad Encantada de Cuenca. En 1969, una familia al completo se esfumó durante el recorrido turístico a dicho patrimonio. Mucho se ha especulado: los ovnis, un secuestro extraterrestre; que la ciudad en realidad está viva; que la habitan unos seres que secuestraron a la familia; que se perdieron y acabaron en un pozo cárstico que aun no se ha encontrado... lo único cierto es que, a día de hoy, sigue siendo un caso archivado en uno de los cajones de la comisaría central de la policía en Madrid.

Espero que les haya gustado. Gracias. VK.